

MS 385
1079/1264
c.1

Domingo 31 de Diciembre de 1922

HABLA EL MONO DE VORONOFF

Cesar Cascabel ha dicho que cuando un mono presta su concurso para rejuvenecer a un caballero, todo el mundo se preocupa de éste y nadie del mono.

Hay en esto un error. Yo me he preocupado del mono; y, acompañado de un diputado darwinista que entiende el lenguaje de sus antepasados, por más brutos que sean, he logrado reportearlo e imponerme de su estado de salud y sus impresiones.

El abnegado mono, a cuya filantrópica actuación se debe el restablecimiento de un noble servidor público, nos recibió con la exquisita amabilidad que caracteriza a todos los entrevistados.

Dejó inmediatamente el piano donde tocaba una pieza a cuatro manos, - lo que demuestra su superioridad de ejecución sobre cualquier pianista - y se dispuso a contestar a nuestras preguntas.

-Me siento bien - nos dijo, y lo demostró dejándose caer con todo el peso de su cuerpo en una silla.- La operación no me ha contristado en lo más mínimo, y, por el contrario, un dulce estado de placidez ha invadido mi espíritu.

Desde que no persigo las dichas pasajeras,
Muriendo van en mi alma pesares y ansiedad.
La vida se presenta con amplias y severas
Perspectivas y siento que estoy en las laderas
De la montaña augusta de la serenidad.

-Esos versos son de Amado Nervo - interrumpimos.

-Sí, señores, de Nervo; pero después que dejó de ser amado, es decir, cuando llegó a realizar el ideal de la vida. Porque, no se burlen ustedes, es preciso haber dejado de ser joven repentinamente como yo, para comprender las delicias de la ancianidad. ¡Qué paz, qué tranquilidad, qué reposo! Ahora puedo preocuparme de lo que quiero, del estudio, del canto, del arte, de la ciencia, sin que nada me distraiga y perturbe.

El otro día pasó por aquí una antigua amiga mona, muy mona como dicen ustedes, y me miró con ojos a la vez provocativos y enternecedores. En otra época habría sufrido horriblemente; pues, ¿lo creerán ustedes?, me reí y seguí leyendo tan tranquilo un libro sobre política económica. Porque, anoten esta diferencia, ahora me gustan las lecturas serias. ¡Nada de folletines románticos ni novelitas sicilípticas!

Observo en mí un enorme progreso moral, y la satisfacción que ello me produce basta para indemnizarme de todas las molestias que he debido soportar en beneficio de mi rejuvenecido. A él, sí, lo compadezco de todo corazón. ¡Plagiar al doctor Fausto que deja el laboratorio para entregarse a los desvanecs juveniles, que al fin sólo ocasionan remordimientos, responsabilidades y disgustos! Perder toda la experiencia adquirida y volver a las ilusiones, la ansiedad, el insomnio y todo ese sinnúmero de perturbaciones físicas y morales que caracterizan el amor! No; ya me he molestado bastante, y si algún día el caballero rejuvenecido llegara pálido, triste y alicaído después de un desastre amoroso a decirme que quería volver a la vejez, lo rechazaría indignado.

Pero, - le observamos - ¿no ha sufrido usted muchos vejámenes, no ha perdido en la estimación social, a consecuencia de su prematura ancianidad? ¿Pasa usted como un benefactor de la humanidad o simplemente como un mono decrepito?

-Seré franco. Entre el elemento femenino he perdido algún partido, y aún he sido blanco de algunas burlas e ironías de parte de unos cuantos imbéciles; pero, en cambio, he ganado en consideración entre las personas respetables, esposos, padres de familia, etc., que comprenden que soy una garantía para todos y no soy una amenaza para nadie.

Por lo demás, se me ha abierto un vasto horizonte administrativo.

Nadie, en efecto, más indicado que yo - aunque me esté mal el decirlo - para desempeñar un empleo de crítico teatral, visitador de liceos, médico, tutor, abogado especialista en divorcios o cualquier otro cargo de confianza.

-De manera que usted es un convencido de la teoría Voronoff...

-Sí; pero de la teoría Voronoff al revés, o sea, creo firmemente que nuestro organismo es demasiado complicado; que es una máquina a la cual le sobran rodajes y que funcionaría más uniforme y suavemente con algunas piezas menos. Múltiples razones, psicológicas, económicas y demográficas lo aconsejan. Y yo soy una prueba viviente de este aserto. Mientras más decrepito, me considero más feliz. ..

Y con voz atiplada se puso a canturrear una romanza.

Nos despedimos para no seguir hablando con un animal tan optimista, o, lo que viene a ser lo mismo, tan bruto.

P.

CELICH UC

Centro de Estudios de Literatura Chilena

Pontificia Universidad Católica de Chile